

Mechuacan, Guayangareo, Valladolid: los orígenes de Morelia

Rodrigo Martínez Baracs

Carlos Herrejón Peredo, *Los orígenes de Morelia: Guayangareo-Valladolid*, Segunda edición, corregida y aumentada, presentación de Juan Carlos Ruiz Guadalajara, Zamora, México, El Colegio de Michoacán/Frente de Afirmación Hispanista, 2000, xvii + 379 pp. [1a. ed., 1991]

Los estudiosos de la historia mexicana pueden estar de fiesta por la aparición de *Los orígenes de Morelia: Guayangareo-Valladolid*, del historiador michoacano Carlos Herrejón Peredo, segunda edición, corregida y aumentada, de *Los orígenes de Guayangareo-Valladolid*, originalmente publicado en 1991 (en realidad 1992) por El Colegio de Michoacán y el Gobierno del Estado de Michoacán. Lo leí desde su primera edición y no he dejado de consultarlo. Desde el comienzo me llamó la atención su fuerza, claridad, contundencia, riqueza, rigor documental, precisión y naturalidad descriptiva, y su logro de un verdadero *tour de force* historiográfico, en el marco aparentemente modesto de un libro breve, 226 páginas en su edición original, en el que no sobra ni falta nada.

A partir de la *Historia de la Provincia de San Nicolás Tolentino de Michoacán* del agustino fray Diego Basalenque, escrita en la década de 1640 y publicada en 1673, se difundió la versión de que la actual ciudad de Morelia recibió el nombre de Valladolid desde su fundación en 1541 por el virrey don Antonio de Mendoza. Esta versión dio pie a disquisiciones sobre el origen del nombre, Villa de Olid o Valle de Olid, en relación con la villa que el conquistador Cristóbal de Olid recibió la or-

den de fundar en Michoacán en 1522. Después aparecieron una real cédula de 1537 mandando fundar la villa de Valladolid y otra de 1545 promoviendo la villa a ciudad, y una confirmación de ambas cédulas en 1609. Y aunque se fueron publicando varios otros documentos sobre la fundación de la ciudad que no mencionan el nombre de Valladolid, esta versión prevaleció de manera casi universal entre los historiadores, que no lograron dar una versión congruente de los orígenes y la historia temprana de Morelia.

Como un mago, Carlos Herrejón resolvió la situación con una sonrisa y mucho trabajo y reflexión. Se dio cuenta y probó que las reales cédulas de 1537, 1545 y 1609 son falsas y que Morelia no recibió el nombre de Valladolid en 1541 ni en ningún momento anterior a 1577-1578, cuando se operaba el traslado allí de la sede del obispado de Michoacán.

Herrejón reconstruyó la verdadera historia de manera perfectamente clara: en 1541 el virrey Mendoza fundó, en el valle de Guayangareo, una ciudad titulada ciudad de Mechuacan, o más propiamente Nueva Ciudad de Mechuacan —como decide llamarla Herrejón, por claridad—, pues Tzintzuntzan había ostentado y Pátzcuaro seguía ostentando o queriendo ostentar el nombre de Ciudad de Mechuacan. A partir de 1555, gracias a las gestiones en España del obispo Vasco de Quiroga, defensor de Pátzcuaro, la Nueva Ciudad de Mechuacan fue rebajada a pueblo de Guayangareo. En 1565 murió Quiroga y el nuevo obispo obtuvo una Bula del 28 de octubre de 1571 que mandó el traslado de la sede del obispado de Pátzcuaro a Guayanga-

re, que así recuperó el título de ciudad, ahora Ciudad de Guayangareo. En 1576 se trasladó el cabildo secular español de la Ciudad de Mechuacan en Pátzcuaro a la de Guayangareo. Y sólo a fines de 1577 o comienzos de 1578, precisa Herrejón (lo hizo desde su estudio sobre *El Colegio de San Miguel de Guayangareo*, publicado en 1989), la ciudad de Guayangareo recibió el nombre de ciudad de Valladolid, cuando se trasladaba allí la sede del obispado y la capital civil de la provincia de Michoacán (1578-1580).

Esta secuencia básica de los orígenes y de los primeros nombres de Morelia constituye en sí misma un descubrimiento científico importante. Pero su estudio continúa después de 1580 con un análisis muy esclarecedor de las dificultades de la incipiente ciudad de Valladolid, que contaba con muy pocos vecinos, pues la mayoría de los españoles de la región se iban a las minas de Guanajuato, a las villas de Celaya, Zamora y León, recién creadas por el virrey don Martín Enríquez, o a la lucrativa 'Guerra Chichimeca. Herrejón destaca la importancia de las congregaciones de población india en la circunferencia de Valladolid realizadas en 1601-1603, necesarias para el sustento de una ciudad que se había querido exclusivamente española y hasta entonces había contado casi exclusivamente con la mano de obra temporal de indios de repartimiento provenientes de varios pueblos. Sólo así completa Herrejón la historia de la larga fundación de la ciudad de Valladolid, que no se limita a las fundaciones de 1541 o 1578.

Herrejón estudia con precisión el reparto y ubicación de los solares y

tierras de cultivo y pastoreo y de los ejidos (exidos, pastos comunes) de la ciudad, lo cual no sólo resulta pertinente para la historia de la ciudad, sino que lo conduce a la segunda parte de su descubrimiento: demostrar la falsedad de las reales cédulas sobre Valladolid de 1537, 1545 y 1609, esclareciendo además las circunstancias y motivos de su falsificación. En la primera mitad del siglo XVIII las haciendas de los españoles tenían asfixiada a la ciudad de Valladolid, cuyo cabildo entabló un pleito contra los hacendados para recuperar sus ejidos y pastos comunes. Pero el pleito se empantanó, pues el cabildo no encontraba documentos sobre los ejidos de la ciudad. La situación se hacía apremiante debido a la fuerza y prosperidad crecientes de la rival ciudad de Pátzcuaro, para entonces con cabildos indio y español, que recuperó la capitalidad de la provincia en 1718. Finalmente, entre 1748 y 1749 varios miembros del cabildo de Valladolid resolvieron falsificar las referidas cédulas, todas las cuales, observa Herrejón, destacan los derechos de la ciudad sobre sus ejidos. Esta falsificación de documentos de tierras para defender derechos justos era común en la Nueva España, y Carlos Herrejón menciona como ejemplo al falsificador michoacano de documentos llamado Chiquisnaquis, estudiado por Alberto Carrillo Cázares.

Al redactar las reales cédulas de 1537 y 1545, los miembros del cabildo tomaron como válida la versión propagada hacía un siglo por fray Diego Basalencque, según el cual el virrey Mendoza fundó en Michoacán una ciudad española con el nombre de Valladolid. Y desde entonces la historiografía, que describe puntualmente Herrejón, no dejó de enredarse en los documentos. Y a mí mismo me tocó ser criticado, de manera muy justa, por Herrejón, quien me hizo el inmerecido honor de men-

cionarme junto a historiadores verdaderos.

La historiografía colonial michoacana ya había sido gratificada por otros descubrimientos de semejante importancia. Silvio Zavala mostró en 1937 la influencia de Tomás Moro sobre el proyecto hospitalario de Vasco de Quiroga, y más adelante encontró el ejemplar de la *Utopía* (1516) de Moro que perteneció al obispo fray Juan de Zumárraga, erasmista, quien lo leyó y anotó, y se lo prestó a Quiroga. En 1972 J. Benedict Warren planteó la fuerte posibilidad de que el hasta entonces casi desconocido fray Jerónimo de Alcalá fuera el anónimo franciscano autor de la *Relación de Michoacán*, de 1541; y en 2000 Carlos Paredes Martínez encontró una declaración judicial de 1576 que confirma la hipótesis de Warren.

No he dejado de leer y aprovechar *Los orígenes de Guayangareo-Valladolid*, que se volvió una mina inagotable, una fuente de inspiración y un ideal inalcanzable en mis estudios sobre la rival ciudad de Pátzcuaro en el siglo XVI. Mi ejemplar quedó todo desencuadernado y con las hojas casi totalmente barajadas. Lo mismo le sucedió al Frente de Afirmación Hispanista, A.C., quien decidió emprender la tarea de promover junto con El Colegio de Michoacán una nueva edición, corregida y aumentada, bien encuadernada y presentada, y enriquecida por bellas fotografías de paisajes, tepalcates, documentos, iglesias y personalidades, y por bien pensados mapas, elaborados por Mario Alfredo Rétiz, sobre la evolución de la relación de Guayangareo y después Valladolid con su entorno, los repartimientos de trabajo y los pueblos congregados en el núcleo urbano.

La presentación de Juan Carlos Ruiz Guadalajara hace una valoración de la notable trayectoria historiográfica de Carlos Herrejón Pere-

do, actual director de El Colegio de Michoacán: sus estudios sobre Tlalpujagua, el padre Hidalgo, la *Información en derecho* de Vasco de Quiroga, la historia de Michoacán y del Estado de México, el humanismo, la retórica y la emblemática, entre otros temas.

El capítulo más aumentado y enriquecido es el primero, "Guayangareo: Geografía y antecedente prehispánico", que se beneficia ampliamente de investigaciones arqueológicas recientes como las de Efraín Cárdenas, del INAH. Un valioso mapa delimita las esferas de influencia de las poblaciones tarasca y matlatzinca en el valle de Guayangareo.

Entre otros datos nuevos, Carlos Herrejón, después de rechazar las etimologías de Guayangareo que se han propuesto—"loma chata", "rinconada" y "lugar de aguas termales"—, registra y acepta la etimología recientemente propuesta por Moisés Franco Mendoza, del Colegio de Michoacán, de "loma con hundimiento en la ladera", pues, explica Herrejón, "los asentamientos prehispánicos de las faldas de la loma de Santa María convienen a ese significado".

El sitio arqueológico de los tiempos clásicos [continúa Herrejón] se halla un poco abajo de un punto en que la ladera de la loma tiene un hundimiento horizontal, en tanto que el poblado indígena al tiempo de la conquista, junto al cual se estableció la estancia novohispana, se halla en la entrada del río Chico, la cual parece como un hundimiento de la loma en sentido vertical.

Los lingüistas tienen la palabra. Como quiera que sea, yo agregaría aquí la necesidad de rescatar la muy olvidada pronunciación original del lugar, no Guayangareo, sino Guayángareo o Uayángareo. No sé a partir de qué momento se comenzó a

pronunciar Guayangareo, y Mechuacan a pronunciarse Mechuacán, Michoacán.

El segundo capítulo se refiere a los primeros pobladores españoles del valle de Guayangareo, particularmente la estancia del sevillano Gonzalo Gómez, hacendoso empresario pero uraño, amigo de Vasco de Quiroga y socio empresarial del virrey Mendoza, acusado de judaizante ante la Inquisición y felizmente exonerado. En la próspera estancia de Gonzalo Gómez, ubicada en el camino de la ciudad de Mexico al lago de Pátzcuaro, se hospedaron varias veces grandes personalidades como Vasco de Quiroga, el virrey Mendoza y el franciscano fray Juan de San Miguel.

En estos primeros capítulos y en todo el libro, destaca la precisión de la descripción geográfica del valle de Guayangareo y su entorno, que ubica los escasos asentamientos de población prehispánica tarasca y matlatzinca, la próspera estancia de Gonzalo Gómez, ambas en el sureste del valle, la loma sobre la que se asentó la Nueva Ciudad de Mechuacan, las estancias de los españoles, los ejidos y pastos comunes de la ciudad, los pueblos de donde venían a trabajar indios de repartimiento y los pueblos que fueron congregados en la ciudad de Valladolid. Esta precisión geográfica hizo posible la elaboración de los ya mencionados mapas que enriquecen esta segunda edición de *Los orígenes de Morelia*, que podrá ser considerado un clásico de la geografía histórica de México.

Los siguientes cuatro capítulos constituyen el meollo del “rescate” que efectúa Carlos Herrejón y se refieren sucesivamente a los nombres que fue adoptando la ciudad: “La Nueva Ciudad de Mechoacán” (1541-1555), “El pueblo de Guayangareo” (1555-1570), “La ciudad de Guayangareo” (1571-1577) y “La ciudad de Valladolid” (a partir de 1578). Herrejón refiere que para la segunda

edición quiso poner a su libro *Los orígenes de Guayangareo-Valladolid* el título “más preciso” de *Los orígenes de Morelia: Guayangareo-Valladolid*. Pero para ser aún más precisos, el nuevo título del libro hubiese podido ser: *Los orígenes de Morelia: Mechoacan, Guayangareo, Valladolid*.

Carlos Herrejón puntualiza:

A cada nombre correspondió un proyecto de población. El nombre de Nueva Ciudad de Mechoacán, 1541-1554, [...] representa el ideal de los primeros pobladores: una ciudad hispana, capital de la provincia, con todos los apoyos y privilegios, principalmente un numeroso repartimiento de indios que la levantarán, pero que no vivirán en ella. Este proyecto está protagonizado por los mismos pobladores organizados en un cabildo dinámico y batallador.

Con todo, me parece que no habría que exagerar la vocación exclusivamente española de la Nueva Ciudad de Mechuacan. Era más bien el reconocimiento de que era la cabecera española de la provincia de Mechuacan, frente a Pátzcuaro que era la cabecera india de la provincia. Y lógico era para los guayangarenses que la catedral estuviera en la cabecera española, lo cual consiguieron décadas más tarde.

En 1555, como vimos, reales cédulas obtenidas por el obispo Quiroga durante su viaje a España (1547-1554) degradaron la Nueva Ciudad de Mechuacan a la categoría de pueblo de Guayangareo. Así, Pátzcuaro recuperó el título de ciudad de Mechuacan —y aun, habría que agregar, llegó a ser a su vez llamada Nueva Ciudad de Mechuacan. El pueblo de Guayangareo se mantuvo, refiere Herrejón, gracias a “la voluntad irreductible de aquellos pobladores de mantenerse como pueblo sin renunciar a su cabildo, a su colegio, a sus conventos, ni a un repartimiento

de indios, bien que mermado”. Pero habría que destacar asimismo que el virrey don Luis de Velasco dejó establecido desde su visita a Michoacán de finales de 1555 que, pese a su degradación, el pueblo de Guayangareo sería la cabecera española de la provincia de Mechuacan, y Pátzcuaro la cabecera india.

En 1571 el pueblo ascendió a Ciudad de Guayangareo y en 1577-1578 obtuvo el nombre de Ciudad de Valladolid de Mechuacan. En esta fase de la reivindicación, antes de la realización del traslado, la iniciativa del cabildo de la ciudad pasó a segundo término, tras las instituciones eclesiásticas. Finalmente, el cabildo español secular de Pátzcuaro se trasladó a Guayangareo en 1576 y la sede del obispado se trasladó oficialmente en 1580. Valladolid se volvió la residencia oficial del alcalde mayor de la ciudad y provincia de Mechuacan, aunque frecuentemente residía en Pátzcuaro, no sólo por el gran número de casos que allí atendía, como menciona Herrejón, sino porque Pátzcuaro seguía siendo la cabecera india de la provincia de Mechuacán y conservaba el título de ciudad de Mechuacan. Muchas veces el título del alcalde mayor era mencionado como “alcalde mayor de las dos ciudades y provincia de Mechuacan”. Para atender ambas ciudades de Mechuacan, el alcalde mayor se auxiliaba con un teniente.

Respecto al origen del nombre de Valladolid, Herrejón desestima las supuestas etimologías de Valle de Olid o Villa de Olid, y destaca en primer lugar que este nombre español, en lugar del nahua Mechuacan y del tarasco Guayangareo, “resumía la historia de treinta y siete años transcurridos desde la fundación de lo que siempre había querido ser: asiento de pobladores españoles”. Los vecinos de Guayangareo ya no querían seguir teniendo un nombre tarasco, ni un nombre nahua, como Mechu-

can, que además seguía siendo ostentado por Pátzcuaro. Querían un nombre plenamente español. Valladolid era una ciudad de gran importancia en España, frecuente asiento de la corte y sede de una Chancillería y una Universidad, por lo que su nombre era adecuado para marcar la jerarquía de la Valladolid michoacana por encima de las recién fundadas villas españolas de Celaya, Zamora y León. Otro motivo inmediato para seleccionar el nombre de Valladolid, según Herrejón, pudo ser que allí nació en 1527 el rey Felipe II.

Los traslados de 1576-1580 y el cambio de nombre de 1578, destaca Herrejón, fueron como una segunda fundación de la ciudad. Pero no acabaron entonces sus problemas, porque pese a ser la capital civil de la provincia de Mechuacan y la capital eclesiástica del mucho más extenso obispado de Mechuacan, la ciudad tenía dificultades de crecimiento. Herrejón observa que la refundación de Valladolid en 1578 se inscribe en el marco de un conjunto de fundaciones promovidas por el virrey don Martín Enríquez, como las villas de Celaya, Zamora y León, que formaban parte del obispado de Mechuacan. Valladolid no crecía, su comercio no prosperaba y los repartimientos de indios resultaban insuficientes. La ciudad se mantuvo principalmente como capital eclesiástica, sede de un colegio y de numerosos conventos masculinos y femeninos, sostenida gracias a los generosos diezmos eclesiásticos cobrados a los agricultores del Bajío.

Fue entonces, como lo describe Herrejón en el séptimo capítulo, "La congregación de Valladolid", que el rico y poderoso vallisoletano Tomás González de Figueroa aprovechó la coyuntura general de congregación de pueblos de indios iniciada a finales del siglo XVI para obtener que Valladolid se rodeara en 1601-1603 de un cinturón de barrios indios.

Así concluyó, según Herrejón, la larga fundación de la ciudad, ya no como ciudad exclusivamente española (los indios de repartimiento debían acudir a trabajar y regresar a sus pueblos), sino como ciudad crecientemente mestiza, dominada por el clero español.

No se sabe qué representación política se dieron los barrios de naturales de Valladolid. Carlos Paredes Martínez registra un pleito contra un hacendado español en el que don Pedro Cuparan fungió como "gobernador de los naturales de esta ciudad de Valladolid". Don Juan Pedro Tzitziqui y don Francisco Tzitziqui aparecen como alcaldes y don Juan Martini y don Diego García como regidores de los barrios de San Ana y San Miguel, que se encontraban fuera del núcleo urbano de la ciudad. No sé qué representación alcanzaron los barrios tarascos de la ciudad, así como el barrio nahua de San Juan de los Mexicanos, fundado en 1541 por el virrey Mendoza, según lo registra el mismo Paredes.

El octavo capítulo, "El pleito y el engaño", refiere las ya referidas circunstancias en las cuales el cabildo de la ciudad de Valladolid se sintió en 1748 obligado a falsificar las reales cédulas de 1537, 1545 y 1609, para reanimar la ciudad ahogada por las haciendas circundantes. Y el último capítulo, historiográfico, "Polémica sobre la fundación", comienza con la ya citada *Historia* del agustino fray Diego Basalenque, de mediados del siglo XVII, que refiere por primera vez la historia según la cual el virrey Mendoza fundó en Michoacán una ciudad con el nombre de Valladolid. Un siglo después, el agustino fray Matías de Escobar y el franciscano fray Isidro Félix de Espinosa, en sus respectivas crónicas, retomaron esta versión. Sin embargo, Herrejón no liga este dato con los del capítulo anterior, para dejar claro que los falsificadores en

1748 de las reales cédulas de 1537 y 1545 no inventaron la supuesta fundación de Valladolid en 1541, sino que, al igual que los cronistas Escobar y Espinosa, retomaron una noción historiográfica que tenía más de un siglo de existencia.

Quisiera terminar citando parte del ideario historiográfico de Carlos Herrejón Peredo, que cita Juan Carlos Ruiz Guadalajara en su *Presentación de la segunda de Los orígenes de Morelia*:

El conocimiento histórico correcto llega a funcionar como un psicoanálisis de salud nacional: al hacer objetivo nuestro pasado nos liberamos de él, para que luego lo asumamos con discernimiento y con afecto.

[...] la historia es la ciencia sobre el hombre en cuanto proceso temporal. Ciencia en sentido amplio, amplísimo, tanto que también es un arte, pero ciertamente ha de buscar certeza, sentido y comprensión general, hasta donde sea posible. Al propio tiempo ha de buscar claridad en la expresión, viveza en el relato y armonía en el decir. Por no atender a esta dimensión la historia científica se hace pasto inapetecible y no cunde. [...]

Ahí está la función de la historia: rescatar el tiempo para el hombre. [...] si se quiere expresar en términos prosaicos, se podría decir que es como un artículo de consumo para la conciencia y para el espíritu. Un artículo de primera necesidad...

Una primera versión de esta reseña fue leída el 24 de agosto de 2002 en la presentación de *Los orígenes de Morelia: Guayangareo-Valladolid* de Carlos Herrejón Peredo, en el Museo de la Ciudad de México, en el marco de la Segunda Feria del Libro en el Zócalo de la Ciudad de México.